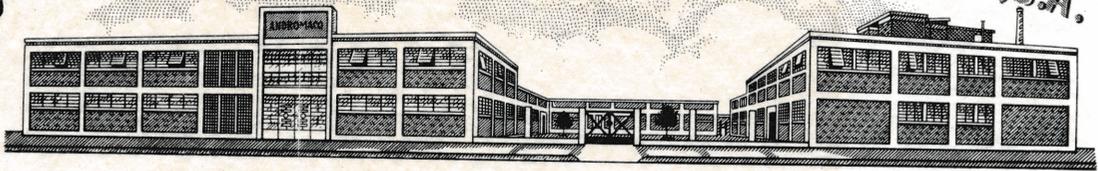




INDUSTRIA FARMACEUTICA ANDROMACO, S.A.



CALLE ANDROMACO 32 - MEXICO 17, D. F.
ERIC. 20-16-61, 20-16-71 - MEX. 36-39-77

30 de Abril 1957

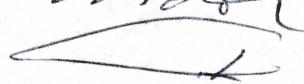
Señorita
Doña Mercedes Luisa Serra.

México.

Muy apreciada amiga.

Se me pasó decirle que si por
acaso no tiene usted ninguno
Reflexmento de Precursores Menores,
tenga la bondad de pedirle al
Señor Martínez Ferrando del Archivo
de la Corona de Aragón el que yo
le presté cuando fui a Salceda.

Le adjunto un interesante artículo
que he llegado a mis manos.

Con afecto le saludo
y desvía
 A. Rubio

FUNDACIÓ
RUBIÓ

LOS PREMIOS

Por JOSE LOPEZ RUBIO

CADA año se adjudican varios premios entre las obras de teatro que acuden a determinados concursos. Los más importantes de éstos son: el del Estado («Calderón de la Barca»), para autores noveles, y los de los Municipios de Madrid, Barcelona y Alicante («Lope de Vega»), «Ciudad de Barcelona» y «Carlos Arniches», respectivamente, para autores españoles de toda condición.

La importancia de estos cuatro concursos reside, sobre todo, en su periodicidad. Frente a otros premios esporádicos, el autor galardonado con uno de aquéllos puede añadir a la mención de su laurel la cifra del año en que le fué concedido, con lo que entra en una especie de linaje ilustre. Unase a esto, a más del honor, lo sustancioso de la recompensa y la seguridad del estreno solemne en un teatro de categoría.

El considerar los vicios y contrapartidas en que pueden despeñarse los premios teatrales no implica la más remota oposición a esta clase de certámenes, por muchas razones. Entre ellas la de que de estos concursos hemos nacido no pocos al teatro, la de que todo estímulo a la producción dramática nos parece siempre insuficiente y la de que dar dinero a un escritor en cualquier momento con el menor pretexto y por el procedimiento que sea, nos resulta emocionante.

No somos, pues, enemigos de los premios de teatro. Prueba de ello es la reiterada facilidad con que aceptamos la tarea de servir de Jurado en esta clase de competencias, tarea poco grata y mal compensada, en la que junto al tenue agradecimiento del agraciado, que estima que sólo se ha hecho justicia llana, se consigue el odio eterno de cien postergados, que atribuirán a todo menos a la calidad de su obra el resultado adverso del fallo. Es natural que si un escritor entra en un concurso sea porque se supone en estado de merecer el triunfo.

El miembro de un Jurado sufre desde que admite su designación toda clase de asaltos. Es increíble la rapidez con que se desvela su incógnito y hasta el secreto de sus deliberaciones. Recibe llamadas, cartas y recomendaciones muy principales. El concursante suele estar muy al tanto de la marcha de los acontecimientos; sabe de que lado se inclinan las pesas. Rompe, metafóricamente, el sobre en que se guarda, bajo un tema, el misterio de su identidad y juega sin rodeos a cara descubierta. Justo es reconocer que tal conducta es seguida sólo por los concurrentes habituales, profesionales bien relacionados, mientras que una gran masa, lejana, anónima, aguarda en discreto silencio el veredicto. Y pocas veces es mayor el júbilo de un Jurado consciente que cuando su elección recae en uno de estos no llados, desamparados aspirantes; cuando es la obra por sí misma, a cuerpo limpio, la que se impone.

Porque hay que ir de una vez contra la acusación o la sospecha de que los Jurados no leen las obras que se les encomiendan. No sólo las leen: algunos hasta escriben en una cuartilla su juicio, práctica que, por otra parte, ha sido adoptada en muchos concursos.

Sería curioso al cabo de tiempo, cuando algunas de las obras presentadas han visto la luz por otros caminos, revisar estas opiniones y comprobar su anticipada acierto o su premeditada equivocación. Los concursantes, por su lado, recurren a peregrinas argucias para quedar seguros de si sus obras han sido o no leídas. Hojas pegadas, folios doblados con intención, hojas de papel de fumar con cortes extraños, que si permanecen en su lugar, pueden probar que no se manejó el texto... Inocentes recursos en los que incurren con mayor frecuencia aquellos autores cuyas obras no merecen la paciencia de una lectura hasta la página en que espera la trampa. Muchas, muchas comedias aparecen ya muertas en la descripción de la escena, en las primeras frases de sus personajes, incluso a veces en la descripción de estos. Y, sin embargo, un escrúpulo de conciencia, el saber que se tiene entre las manos la ilusión de un hombre y acaso la decisión de una carrera literaria, hace llegar hasta el desenlace previsto y temido.

El regocijo de un hallazgo compensa de sobra del tormento de leer docenas de comedias irremisibles. Y la costumbre prueba que un concurso en el que hay un 5 por 100 de obras considerables puede calificarse de muy afortunado.

Como el fallo sólo puede satisfacer al elegido, o a lo mas a los que honoríficamente se mencionan, la enorme mayoría de los vencidos rara vez perdona a sus jueces y nunca al vencedor.

Estas consideraciones, hijas de repetidas experiencias, no han apartado del objeto del discurso. Habíamos quedado en hablar de los efectos contrarios que pueden producir los premios teatrales, y a ello vamos, queriendo ya etapas.

Se espera de cada concurso el alumbramiento de una obra maestra, sin considerar que si cada año surgiesen por este medio cuatro obras maestras del arte dramático y la revelación de otros tantos autores, nuestro siglo dejaría muy atrás a aquellos otros, «dichosos», a los que «dos antiguos pusieron el nombre de dorados». A falta de méritos absolutos hay que contentarse con valores relativos. Muchas veces se premia lo que se juzga mejor, si no es posible declarar desierto el galardón, como debiera ser, si se desea mantener en alto el prestigio de un concurso. Un premio se convierte en un obstáculo más que saltar a la hora del estreno.

Contribuyen a este riesgo los que asoman la oreja del despecho al menor pretexto con el empleo del pie. A veces a destiempo y a contrapelo, con evidente impaciencia. (Hace pocas noches, una protesta injusta, inoportuna, no logró más que provocar la reacción del público y remachar el claro éxito de una obra premiada.) Convendría hacer un censo de los que en este caso y en otros sueltan el freno de su rencor y conocer, si es posible, los títulos de sus comedias postergadas. Son los más encarnizados enemigos del premio y aguardan la oportunidad de ajustar sus cuentas.

Aiguna vez hemos propuesto una fórmula para la adjudica-

ción de los premios teatrales. Consiste en entregar a cada concursante una tarjeta para asistir a la lectura de las obras presentadas. Al final de las lecturas, los mismos concursantes emitirían su voto. Pocas de las obras tendrían más de un sufragio, pero se eliminaría ese intermediario del que siempre se duda, y no con razón muchas veces: el Jurado.

La presión externa, a falta de una obra de indiscutible valía que se imponga desde el primer momento, puede torcer la decisión del Jurado. Y es lo peor que puede ocurrir en un concurso, porque abre paso a la desconfianza. Ya Cervantes conoció estos achaques de los Jurados débiles, cuando hizo decir a Don Quijote: «Procure vuesa merced llevar el segundo premio; que el primero siempre se lo lleva el favor o la gran calidad de la persona; el segundo se lo lleva la mera justicia, y el tercero viene a ser el segundo, y el primero, a esta cuenta, será el tercero».

Se ejercen toda clase de presiones sobre los Jurados, y no es la menos frecuente la de los elementos de la Prensa. (En un concurso reciente, un autor preferido hizo llegar a los miembros del Jurado, hombres de teatro, la advertencia de que «algún día volvería a ser crítico».)

El echar al asador toda la carne de la influencia prematuramente suele tener sus quiebras. Un premio mal ganado suele ser un arma de dos filos, uno de los cuales es corto y ancho, mientras el otro, largo y afilado, y más daña que favorece. La larga lista de favorecidos con premios ilustres demuestra como estos premios, en lugar de abrir a muchos un camino triunfal, les ha cerrado el paso, imposibilitados ya para seguir adelante. Un premio coloca a un autor en condiciones inmejorables para darse a conocer, pero también le expone a perder todo su crédito en una noche. De laureados sin salida está poblado el panorama de nuestro teatro. Y si es duro el anonimato y espinosa la senda, el llamado calvario del novel, peor viene a resultar la mal justificada exaltación. Es mucho más seguro estrenar cuando se pueda, sin el lastre de un premio, en el que tanto se juega un autor y sus cómplices.

El Jurado, a más de ser independiente, debe gozar de un ojo clínico que advierta no sólo el mérito de una obra, sino los indicios que, más o menos acusados, haya en ella, de la presencia de un autor auténtico. El autor de una buena obra de teatro puede reducirse a autor de esa sola obra. (En el estreno de un drama premiado, que obtuvo el total refrendo del público y de la crítica, a más de unimos al elogio de la obra, saludamos la aparición de un autor de cuerpo entero, que es mas importante. Y el tiempo nos ha dado la razón.)

Sin excesivas exigencias de un lado, sin peligrosas condescendencias de otro, conviene que los premios de teatro, bien dirigidos, sean eficaces, sin producir protesta, desencanto o desorientación. Un premio mal concedido no engaña a nadie más que al premiado.

Y da una ocasión momentánea y lamentable a los que no suelen tener razón.